

Los maestros tenemos entre las manos muchos tesoros elaborados por las chicas y chicos de nuestras aulas y nos dejan estudiarlos a ellos ¡y a nosotros!

## ESCRITOS EN EL ARCA

José Luis Corzo (M)

Cuando me vine de Salamanca a Madrid en agosto de 1990 – ya hace 30 años – me traje bien guardado en el equipaje un tesoro: 114 librillos de encuadernación casera con las redacciones anuales escritas por 35 muchachos distintos que vivieron tres o más años en la *Casa-escuela Santiago Uno* entre el curso 1974/75 hasta el de 1990. De los 3 primeros años de la *Casa* no conservo ninguna: a lo mejor, se las llevaron sus autores, porque, escribirse, se escribieron desde el primer día y, desde el 4º año, se cosían a final de curso para no perder nada. Mis amigos habrán visto esos 114 cuadernillos, de unas 60 hojas cada uno, en lo alto de una estantería a la entrada misma de mi casa madrileña y, en broma y en serio, me habrán oído que “el día que me lleven una temporada al hospital o a la cárcel, me los llevaré conmigo para estudiar bien esas redacciones”. Iba a ser algo tan insólito como el confinamiento contra el virus homicida procedente de China el que me dejara cumplir mi propósito.

**La 1ª duda** que comparto con los lectores: ¿Hice bien en acumular y guardarme las redacciones? ¿Las hubieran conservado sus autores? ¿Les gustaría leerlas después? Nosotros ¿qué conservamos de nuestra escuela a los 14/17 años? Recuerdo que al acabar el curso las solíamos ofrecer fotocopias a quienes las quisieran, los originales eran un tesoro irrenunciable. Sólo dos o tres alumnos me las han pedido años después y se las envié. También recuerdo la tristeza y la rabia de un educador al ver a un chaval tirar a la papelera su *cuaderno de Santiago*, el *diario* del curso: otro método personal y menos constante, lleno de fechas, fotos y recortes pegados, que yo no conservo.

**Mi 2ª duda** ha sido – y permanece – ¿qué estudiar del tesoro exactamente?

a) Contiene **historia** y vida de la *Casa-escuela*, escrita desde más puntos de vista que las “Crónicas” oficiales de la *Casa*, a cargo del P. Otilio y de algún educador (y cuya colección también conservo). Pero estudiar aquella historia me llena de melancolía y no siempre de buenos recuerdos.

b) La **personalidad** de cada autor también está ahí guardada y, además de un análisis grafológico (ya menos de moda) conserva las aficiones, fobias, filias, altibajos y muchas otras huellas de cada uno. Constatar su progreso y maduración personal sería un buen argumento educativo, de más interés que lo detectivesco, psicológico o ideológico. Pero implica un análisis de contenidos (¿qué pensaba o dejaba de pensar este cincuentón cuando tenía 15 o 16 años?) y la norma de entonces era “No corregir la ideología de los chicos y evitar que escriban para gustar al educador: respeto”.

c) La **ortografía** y su progreso, parecía el principal objetivo de aquellas tres recalcitrantes redacciones semanales. Ya la estudió a fondo un educador de la *Casa*, Gerardo Fernández, al licenciarse en Pedagogía: *Las redacciones. Un Ejercicio de Ortografía en la Casa-Escuela Santiago Uno* (profesora Adoración Holgado, Pontificia de Salamanca 1990). Pero no era lo principal, aunque la ortografía mejoraba.

**La 3ª duda** insiste: ¿No era el **lenguaje** lo más importante de la *Casa-escuela*? Lo era en Barbiana, la escuela de que aprendimos casi todo. Lorenzo Milani lo dejó muy claro y baste un párrafo de *Carta a una maestra*:

“Sólo la lengua nos hace iguales. Igual es quien sabe expresarse y entiende la expresión ajena. Que sea rico o pobre importa menos. Basta con que hable. (...) Cuando todos tengamos la palabra, que sigan los trepadores sus estudios. Que vayan a la universidad, que arrebatan los títulos, que hagan dinero y aseguren los especialistas necesarios. Basta con que no pidan una tajada mayor de poder, como han hecho hasta ahora” (104-5).

Oral o escrita, la palabra abarca todo lo humano. Nuestro lenguaje es el recipiente elástico de nuestra comprensión y relación con el mundo: somos palabra. ¡Estudia el vocabulario!

Y, sin embargo, **me queda la pena** de no haber cultivado en las redacciones el bien decir, ni recomendado a los chicos mejorar sus verbos y adjetivos cada día. Eso lo hacíamos en la *escritura colectiva*, en la lectura de libros en común y en algún recital de poesía, pero perdimos la magnífica ocasión de hacerlo también con las redacciones. Seguro que algún educador lo hizo – y muy bien – al corregirlas y, más de un autor, al escribirlas. Bien hecho. Ahora podremos constatarlo. Pero esta enorme colección de redacciones muestra nuestro objetivo principal: **resonar por dentro lo que sucedía alrededor**. Es la idea de educación que, convertida en estribillo, ya os tendrá aburridos: “nos educamos juntos al afrontar los desafíos de la vida colectiva” y no a base de lecciones. **Lo podemos verificar** ahora: para *educar-nos* hay que dar la cara a miles de cosas y convertir en palabra lo que suele pasar de largo.



## LENGUA y ESCRITURA en la

Ni la *Ley General de Educación* (1970) ni la *LOGSE* (1990) ni la *LOCE* (2002) ni las normas que las desarrollaban hacían referencia a métodos, reglas o estrategias para enseñar a escribir. Se reducía al ejercicio individual de las clásicas redacciones escolares del área de Lenguaje y a lo extraescolar íntimo y personal, las cartas, por ejemplo.

Años después, con otras tantas leyes generales por medio – *LOE* (2006) y *LOMCE* (2013) – las cosas apenas han cambiado. Lo de escribir, según parece, sigue la regla no escrita de “lo que no se enseña, sino que se aprende”, cuyo resultado depende de la capacidad innata de cada cual. Hay abundantes referencias a la capacidad de comunicación y expresión, pero poco más.

En la vigente *LOMCE* (de 2013, para la Mejora de la Calidad Educativa) leemos: *Las habilidades cognitivas, siendo imprescindibles, no son suficientes; es necesario adquirir desde edades tempranas competencias transversales, como el pensamiento crítico, la gestión de la diversidad, la creatividad o la capacidad de comunicar, y actitudes clave como la confianza individual, el entusiasmo, la constancia y la aceptación del cambio* (preámbulo, & IV). Alude a la **competencia en comunicación lingüística (CCL)**, (entre las 7 descritas en la OM del 21.1.2015), que precisa distintas destrezas: desde la oralidad, el habla, la lectura, la dialéctica y la escritura, hasta formas más sofisticadas propias de las nuevas tecnologías. Entre sus componentes: el léxico, la gramática, la semántica, la fonología, la ortografía; y sus dimensiones de carácter social, intercultural, metacognitivo y socioafectivo, como la actitud, la motivación y los rasgos de la personalidad.

### LA COMPETENCIA EN COMUNICACIÓN LINGÜÍSTICA (CCL)

La describe así el propio *Ministerio de Educación y Formación profesional* en su página oficial, tras el